

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

H. P. BLAVATSKY Y SU MISIÓN

H. P. Blavatsky ha muerto, pero la gran alma que estuvo encarnada en su forma, vive aún. La mujer, que por no haber sido entendida sino por muy pocos, fué llamada «la Esfinge del siglo XIX», ha rendido su espíritu; pero la gran alma (Maha Atma), que habitó aquella forma mortal usándola como instrumento para difundir en esta era de obscuridad mental los rayos de la luz espiritual, abandonó el cuerpo para volver á otra morada más congenial, descanso de sus trabajos.

Es dudoso, que haya existido algún gran genio y salvador de la humanidad, cuya personalidad, aun en su paso por la tierra, no haya sido mal comprendida por sus amigos, difamada por sus enemigos, mentalmente torturada y crucificada, y finalmente, objeto de idolatría por las siguientes generaciones. H. P. Blavatsky no parece ser una excepción á esta regla.

Ofuscado el mundo por la luz de sus doctrinas, que la mayoría no ha conseguido asir porque le eran completamente nuevas, la miraron con recelo; y los representantes de la ignorancia científica, saturados de pomposa vanidad, la llamaron «la mayor impostora del siglo», porque sus mentes estrechas no pudieron elevarse á la comprensión de la grandeza de su espíritu. No es difícil profetizar que en un futuro próximo, cuando se hayan olvidado los nombres de sus enemigos, el mundo tra-

bajará para conocer la verdadera misión de H. P. B., que verá en ella á un mensajero de luz, enviado para instruir á este mundo pecador, para redimirle de la ignorancia, locura y superstición; labor cumplida en cuanto que su voz fué oída y sus enseñanzas aceptadas.

El historiador futuro escudriñará los archivos con el propósito de encontrar algún trozo de historia de la vida de H. P. B., y á menos que las calumnias que sobre ella se escribieron no hayan desaparecido en el montón de basura de donde salieron, no es imposible que los escritorzueros del futuro manchen su memoria, al igual que los irresponsables escritorzueros modernos mancharon la memoria de Cagliostro, Teofrasto, Paracelso y otras grandes almas.

Por estas y otras razones que se evidencian, es muy de desear que se publique algo, digno de confianza, respecto á la vida de H. P. B., por alguna persona competente que haya estado bien relacionada con ella, que no sea un adorador de personalidades, sino capaz de estudiar y describir la vida del sér interno. La verdadera vida de todo sér humano espiritualmente despierto, no es su externa, sino su interna vida. Relatar, simplemente, los acontecimientos de la vida terrestre de un genio encarnado y no hacerlo de su vida interior, de sus pensamientos y sentimientos, es describir la casa que aquel genio habitó en su paso por la tierra y no hacer caso del habitante. Así que, aun el mejor escrito que acerca de la vida de H. P. B. ha sido publicado, se parece á la pintura de un pájaro del paraíso, después de haber sido el pájaro despojado de su plumaje y aderezado para la cocina. Es el tratado de un sujeto altamente poético, vaciado cuidadosamente de toda poesía. Las plumas son partes tan esenciales en un pájaro como sus músculos y huesos, y el lado poético é ideal de un hombre es algo más esencial en su naturaleza que la estructura de su cuerpo físico ó el corte de su vestido. Es la vida interna de H. P. B., su modo de pensar y sentir, lo que es de importancia y debe ser comprendido; lo restante pertenece á las cosas externas que no merecen la atención del verdadero ocultista.

Cada hombre es doble en su naturaleza, posee una vida externa y otra interna. H. P. B., no fué una excepción á esta regla. H. P. B., ni fué completamente humana, ni completamente divina.

Un poeta ha dicho:

Dos naturalezas hay en todo sér humano:
 Una es, hija de la clara luz del día,
 Nada obscuro hay en ella, todo es claridad
 Allí, todo es resplandeciente, nada oculto,
 Lo más íntimo tu ojo puede penetrar,
 No hay allí misterio ni secreto;
 En ella gobiernan: la sabiduría, justicia, amor y fe;
 Sin motas, como el cristal en su pureza.

La otra es un sér nacido de la noche,
 Llena de negras nubes que cambian una y otra vez,
 Confunde la razón é ignora la luz;
 Es un extranjero en sus propios dominios;
 Insensiblemente llena nuestra vida diaria
 De burlescos duendes; su reino discorde
 Engendra errores y contiendas;
 Enredando los hilos y dañando al designio.

Así, cada persona tiene bajo su mando una vida terrestre y otra celestial. Para la gran mayoría, enredada en las mallas de este mundo de ilusiones, estas ilusiones parecen ser la realidad, y la vida celestial meramente un sueño; pero hay otros en quienes la vida interna despierta, conocen la vida celestial como la verdadera, y esta vida terrestre sólo una ilusión ó una pesadilla. Este hecho de la doble existencia fué reconocido de todo sabio y santo y es conocido de quien esté en posesión de la divina sabiduría del Yo. Se hace mención de ello en muchos sitios en el *Bhagavad Gita* y en la Biblia. A esta doble vida de iniciado es á la que los apóstoles aluden cuando dicen: «Vivimos sobre la tierra, pero nuestra conciencia está en el cielo.»

Son aquéllos en quienes la luz ha disipado las tinieblas: aquéllos en quienes no existe ya el «cuerpo de pecado». Hay Adeptos completamente desarrollados, y como uno de éstos se presenta San Pablo en su epístola á los *Romanos*, cap. VII, versículos 5 y 6 (1) donde dice: «Porque mientras estábamos en la carne, los efectos de los pecados que eran por la ley,

(1) Las citas bíblicas que contiene este artículo no se hacen como para presentar mis ideas basadas en especulaciones sobre dichos de la Biblia: se ponen simplemente como corroborativa evidencia para aquellos que las conceden alguna importancia.

obraban en nuestros miembros, fructificando para muerte: mas ahora estamos libres de la ley, habiendo muerto á *aquella* en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra.»

Tales sabios y santos son los *Buddhas* y *Arhats* y los «Maestros de Sabiduría» con los que H. P. B. pretendía haber hecho conocimiento, y á los que cada cual puede conocer si crece más allá de su estrecho y pequeño Yo y se eleva al plano en que Ellos viven. El que la sociedad moderna no conozca nada de la existencia de santas personas, y que la ciencia moderna no haya descubierto aún ningún santo, no destruye la teoría de que hay seres humanos en quienes el germen de Divinidad, existente en todos los hombres, ha evolucionado tanto que un reino más elevado de conocimiento espiritual, inalcanzable para quienes sólo se ocupan de cosas terrenas, se ha revelado á ellos, y que las almas de estas personas, por haber alcanzado la auto-conciencia en la luz del Espíritu, están en posesión de extraordinarias facultades. De estos regenerados dice la Biblia que no pueden pecar porque *son nacidos de Dios* (I Juan III 9). Y en *Pedro I 22*, leemos que estas almas, habiendo sido purificadas en obediencia de la verdad, por el *Espíritu de amor sincero*, «renacen, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la *Palabra de Dios*» obrando en ellos.

H. P. B. nunca deseó ser mirada como un dios, santo ó adepto, y en una carta dirigida al autor de estas notas, repudia expresamente tales pretensiones, diciendo: que aunque marcha por el Sendero, no ha alcanzado todavía la meta. En H. P. B. había aún una naturaleza humana; pudo aún regocijarse con el alegre y simpatizar con el triste; esta parte de la naturaleza de H. P. B. fué objeto de una continua crítica por el «psiquista investigador», que no conociendo nada acerca de la divinidad en la humanidad, sólo vió su propia imagen animal reflejada en ella. Cada punto nebuloso fué así por tales críticos investigado y exagerado en sus imaginaciones mórbidas; pero del lado luminoso de H. P. B., no percibieron nada porque en ellos no había luz.

Todo lo que descubrieron, si deseamos lo que sus fantasías añadieron, fué que H. P. B. era amable y generosa hasta el exceso, que era impulsiva y enérgica, y á veces se dejaba llevar por los extremos en sus nobles impulsos. Encontraron que

fumaba cigarrillos, que exteriorizaba sus pensamientos sin gran ceremonia y rehusaba en absoluto ser como esos hipócritas, socarrones y santos de cara adulzada, que van continuamente disfrazados, y que son para el mundo como los pilares de la Iglesia y el Estado, mientras que detrás de su beatería está oculta su afectación y podredumbre. Los chillones buhos de la sofistería científica que vinieron á preguntar al águila de los Himalayas, como no pudieron seguir su vuelo hasta las cimas de las montañas, fuera del alcance de su limitada visión, y no pudieron cortarle sus alas, creció en ellos la envidia y chillaron, arrojando calumnias sobre el pájaro real. En muchos casos, estos calumniadores se excedieron en su trabajo, y la extraordinaria virulencia de las calumnias evidencian suficientemente el carácter del espíritu que inspiró tales escritos y hacen completamente innecesaria la refutación.

Algunos de estos escritores la imputaron el haber cometido prácticas inmorales; y semejantes historias, tan pronto como fueron inventadas se imprimieron, y fueron siempre rápidamente tomadas y puestas en circulación por aquellos intrépidos periodistas, que ansiosos de aumentar la circulación de sus periódicos, están siempre alerta para dar á sus lectores algo sazonado y sensacional. Estas historias fueron frecuentemente absurdas y causaron no poca hilaridad entre aquellos que conocían los hechos. Así, yo recuerdo que mientras estuve en la India circuló una noticia entre algunos periódicos ingleses y americanos: decían que se había suscitado una pendencia entre los Teosofistas de Adyar, porque H. P. B. estaba celosa del Coronel Olcott por causa de la Sra. Coulomb, y que el Sr. Coulomb, enfurecido, había rehusado el suministrar más fondos para sostener los asuntos de la Sociedad Teosófica. Los que conocen las personas á que se hace referencia, y saben que los Coulombs no tenían un céntimo, y que se les sufría en Adyar por caridad, apreciarán el grito conque estas «noticias» fueron recibidas por los «Chelas».

No tendrían fin los escritos ni la pérdida de tiempo, si todas las calumnias contra H. P. B. que fueron circuladas por los píos misioneros de Madras y de otros sitios, hubiesen de ser refutadas, especialmente, porque es más fácil sostener una calumnia que refutarla. Algunas de estas calumnias pueden, sin embargo, haber sido hechas con la mejor de las intenciones;

por ejemplo: ciertas personas dudaron de la veracidad de H. P. B. por la misma razón que un rey africano está pronto á mandar decapitar á un viajero europeo, porque este último dijo al rey que en algunos sitios de Europa y en ciertas estaciones, el agua de los ríos y lagos se vuelve tan dura, que se puede andar sobre ella; por tal razón el rey decidió que no debía tolerarse que viviese semejante embustero.

Prestaría poca atención á la verdad si pretendiese que ninguna de las acusaciones que nacieron contra H. P. B. se fundaban en hechos; pero las causas que originaron tales molestias sin fin fueron: su deseo de juzgar el modo cómo los negocios mundanos debieran de ser hechos, que á la manera de un niño confiaba que el mundo miraría las cosas del mismo modo en que aparecían para ella; una completa indiferencia á lo que el público pudiese decir ó pensar de ella; el deseo de proteger á sus partidarios de las consecuencias de las estupideces que cometían, etc., etc.

Lo que H. P. B. deseaba, eso pensaba; lo que pensaba, decía; y lo que decía, hizo sin mirar las consecuencias. En ella, como en un niño inocente, pensamientos, palabras y actos, eran una sola cosa y en completa armonía.

Si intentásemos solucionar el misterio de la «Esfinge del siglo XIX» y presentar la historia del verdadero *Ego* de H. P. B., deberíamos ante todo conocer la individualidad, la «nueva criatura» (1) encarnada en la forma de H. P. B., y saber algo de sus vidas anteriores, para que nos fuese posible comprender las causas por las que apareció en esta tierra en forma de mujer. Entonces tendríamos que aceptar la teoría de que el alma del regenerado es capaz de vivir y obrar más allá de los límites del cuerpo físico, que es su morada é instrumento para su manifestación exterior, y que el alma espiritual de tal persona en una forma astral etérea puede estar en un país lejano, por ejemplo en el Tibet, en tanto que el cuerpo físico vive aún y actúa consciente é inteligentemente en Europa y América. Pero el mundo no está aún en disposición de recibir una historia seria, que contenga hechos todavía *terra incógnita* para Europa y la ciencia y cuya inteligencia se encuentra sólo en el *Acta Sanctorum*, hoy día mirado aún por la iglesia como «leyenda y

(1) Galatas, VII 15.

fábula» ó (para expresarlo con menos delicadeza) como un conjunto de mentiras. Tal historia requeriría lectores conocedores de las doctrinas de *Reencarnación* y *Karma*; lectores que hubiesen conquistado su propia naturaleza, y por su propia experiencia les fuese posible realizar lo que ello significa ser en el mundo, pero no de él.

Pero aunque la Biblia dice: «el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios» (Juan III 3), sin embargo, los términos *renacimiento* y *regeneración* se han convertido en palabras sin sentido para el moderno fanático y en absurdos para el hombre de ciencia. El religioso visionario se adula á sí mismo, con la creencia de que ya se ha regenerado y alcanzado la inmortalidad. No sabe que la regeneración en el espíritu es acompañado del despertamiento de los sentidos espirituales, y que esta «regeneración» no puede tener lugar mientras se es ciego á la luz de la verdad y sordo á la «voz del silencio». «Regeneración», hoy es una palabra sin sentido para el mundano; y para el clérigo, á lo sumo, significa un cambio de creencia y un progreso moral. El moderno «Cristiano» no comprende pasajes de su Biblia como los siguientes: «Hijitos míos, que vuelvo otra vez á estar de parto de vosotros, *hasta que Cristo sea formado en vosotros.*» (Gálatas IV 19). «En Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino *la nueva criatura.*» (Gálatas VI 15), etc., etc. Ellos no creen que su maestro dice de sus verdaderos discípulos, que los regenerados, aquellos en quienes «el Hijo de Dios ha llegado á la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (Efesios IV 13), harán las mismas cosas maravillosas realizadas por él mismo. No quieren creer que á nadie es posible entrar en posesión de la conciencia inmortal, á menos que la «nueva criatura» haya nacido en él; y se envanecen presumiendo que su espíritu es ya inmortal. Pero la inmortalidad Espiritual del Espíritu de Dios no volverá inmortales á sus almas, si estas almas rehusan ser fertilizadas por el Espíritu de Dios y dar á luz á la divina criatura.

Que los «Cristianos» reflexionen sobre el significado de las palabras de la Biblia, donde dice: «El que no naciere de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: os es necesario nacer otra vez.» (Juan III 5). Poco servirá al devoto el creer que su espí-

ritu es inmortal, en tanto que no exista espíritu que pueda propiamente llamarle suyo; porque su alma no contiene al divino amor ó espíritu, y por lo tanto, no puede engendrar «la nueva criatura» que pueda pretender la inmortalidad en el Cristo.

Esta unión del alma mortal con el Espíritu inmortal es el objeto y fin de todo Ocultismo y Teosofía. Esta regeneración fué lo que H. P. B. enseñó; porque «*regeneración espiritual*» é «*iniciación*» son términos *sinónimos*.

Una doctrina que no adula la vanidad humana, haciendo creer á los hombres que son ya inmortales gracias á los méritos de una persona que vivió en el pasado, sino que pretende que la inmortalidad es un don ganado exclusivamente por heroicos esfuerzos, combatiendo con los elementos más bajos de nuestra naturaleza, y que hace posible la acción de la divina gracia dentro de nosotros, no es bien recibida por los que prefieren correr tras el dinero y los placeres, y piensan que después de su muerte entrarán en el cielo sobre las espaldas de otro hombre; y por lo tanto, la historia de un alma regenerada pudo ser creída y entendida por unos pocos. Mucho más fácil sería cubrir tal historia con la forma ficciosa de novela, sin pretensiones de ser creída, y que cada cual acepte lo que sea capaz de comprender y abandone el resto (1).

Para comprender el verdadero misterio que rodea á H. P. B., primero será necesario comprender el misterio llamado «*Hom-bre*»: porque el Iniciado comparado con el vulgar, es como un pájaro comparado con un huevo. El pájaro conoce los huevos y sus historias, pero los huevos nada saben de la existencia de los pájaros. Para resolver el gran misterio llamado hombre, la humanidad tendrá que deslizarse fuera del «*huevo filosófico*», y convirtiéndose en libre, alcanzar el noble auto-conocimiento de la Divinidad en la Humanidad; pero en los tiempos presentes, parecen ser pocos los que, aun entre los llamados teosofistas, tienen el más débil concepto de lo que significa «*divino auto-conocimiento*».

Debido al universal error existente con respecto á la naturaleza del hombre, y la ignorancia de lo que es divino en esta

(1) En «*Talking Image of Urur*», tales hechos han sido retratados. Allí el «*Maestro de la Imagen*» representa el verdadero *Ego*, el alma regenerada; mientras que la misma Imagen no es sino el cuerpo elemental, la personalidad, por la que el verdadero *Ego* obra.

naturaleza, H. P. B. ha sido universalmente mal comprendida y desnaturalizada. Después de una larga y paciente observación, refuerza una convicción, que yo mismo insistentemente he rehusado el aceptar, esto es, que en este respecto mucho más daño ha sido hecho por los celosos amigos y admiradores de H. P. B. que por sus enemigos. H. P. B. jamás pidió ser deificada y negó la posesión de poderes milagrosos; pero hubo muchos de sus partidarios que rindieron á su persona una adoración fetichista, haciendo las más rudas y extravagantes relaciones en su favor, que investigadas se encontraron sin valor, y sí sólo trajo el descrédito sobre ella y la Sociedad, en tanto que, con muy pocas excepciones, estos amigos entusiastas fueron los primeros en abandonarla convirtiéndose en sus enemigos, cuando las ilusiones que ellos mismos creaban se desvanecían.

Conforme á las historias inventadas, creídas y circuladas por estos admiradores, H. P. B. estaba continuamente acompañada de espíritus, invisibles «Maestros del Tibet», esperando servirla, y *verbatim* le dictaban sus escritos ó «precipitaban» manuscritos mientras ella echaba la siesta. (1)

Gnomos, silfos, ondinas y salamandras estuvieron siempre bajo su mando, llevando sus cartas é inspeccionando la cocina. No ocurría nada en cualquier parte del mundo que, según tales historias, no conociese H. P. B.: pero fué perfectamente evidente á los independientes, que H. P. B. no lo sabía todo y que igualmente, en sus más grandes turbaciones, el bello correo no funcionaba; que para recibir noticias se valía, como los demás mortales, de los terrestres correos y telégrafos. Ello es, que en la base de tales aserciones, había una cierta cantidad de verdad, pero los hechos fueron exagerados más allá de todo límite por sus entusiastas amigos.

H. P. B., según confesión propia, no era instruída. No era ni aun inteligente (*clever*). Por el contrario, las grandes cosas que hizo, lo fueron con la ayuda de alguno de sus asociados, del modo más torpe, y frecuentemente perjudicó al buen resultado. Al ser llamada «el más grande impostor del siglo» por el agente

(1) Después de haber sido esto escrito, vino á mis manos el número de *Lucifer* del 15 de Mayo, en donde encontré esto mismo corroborado por ella misma, en la página 243.

de la «Soc. de Invest. Psíqu.», y presentarla con este título, certifica simplemente su propia incapacidad para juzgar su carácter, porque H. P. B., como todos los que la conocieron pueden atestiguar, no fué capaz nunca de disfrazarse, y cualquiera impostura, grande ó pequeña, que hubiese intentado, habría sido inmediatamente descubierto, aun por un niño. H. P. B. no fué ni inteligente ni ingeniosa, pero estuvo en posesión de aquello que la mayoría de sus críticos tristemente ignoran, esto es, *sabiduría del alma*, un apartado de la «ciencia» aún no descubierto por los modernos científicos y pseudo-filósofos. El alma que vivió en ella fué una gran alma, un *Mahatma* (de *Maha*, grande, y *Atma*, alma). Esta gran alma y no la vestidura que H. P. B. usó, será el objeto de nuestra investigación, no con el fin de regalar la curiosidad científica, sino para beneficiar con el ejemplo.

Oigo mil voces que me preguntan: ¿Qué es la sabiduría del alma y cómo puede ser obtenida? ¿Hay algún otro conocimiento que el del cerebro que razona? ¿Puede uno conocer otras cosas que las que se nos enseñó en la escuela, hemos leído en libros ó recordamos haber oído? A esto contestaremos: Infeliz del pueblo que no sabe por el corazón lo que es bueno y hermoso. Desgraciados de aquellos que no poseen percepción interior para la justicia y la verdad; que no pueden *sentir* verdadero amor, esperanza, fé, y que tienen que estudiar la enciclopedia para encontrar el significado de los términos, benevolencia, caridad, generosidad, espiritualidad, virtud, etc., etc. Todo esto no es creación de la imaginación ni producto del cuerpo físico, sino poderes espirituales vivientes, dotando con sus cualidades al alma que los posee. Si se permite á estos poderes crecer y desarrollarse, su verdadera naturaleza se presentará clara á la mente; pero el que no los posea no podrá, por la especulación intelectual, llegar á realizar lo que son.

El estudio de estos poderes y el arte de desarrollarlos por la práctica, constituyó la ciencia del alma, que la Sra. Blavatsky enseñó. El resto de sus doctrinas, en cuanto respecta á la constitución del hombre, evolución de los mundos, etc., etcétera, fueron accesorios para facilitar el auto-conocimiento, destruir el fanatismo y la superstición, para libertar la mente de prejuicios, darla un más ancho campo de ennobecedor pensamiento y posibilitarla una más grande y elevada concepción

de Dios, de la Naturaleza y el Hombre. ¿Qué tiene que ver tal estudio con las historias de espíritus, investigaciones psíquicas, cafeteras, trampas y otras frioleras que frecuentan la mente de quien busca en las cosas externas la prueba de la existencia de lo que ellos mismos deben poseer, antes de que puedan merecer verdaderamente ser llamados hombres hechos á imagen de Dios? En verdad, aquellos que se convirtieron en enemigos porque no pudieron satisfacer su curiosidad, deben ser vituperados por su porfiada repulsa de la verdad divina.

La primera cosa necesaria para adquirir la sabiduría del alma es la *posesión de un alma*, que significa el poder del sentir. Entre los adversarios de H. P. B., es raro el elemento del alma. Parecen existir sólo en el plano de la mente, esa parte del hombre que especula y razona solamente, pero que no tiene conocimiento real; los antiguos escritores la comparaban con la fría luz de la luna, porque en ella nada hay del solano caliente amor. El elemento del alma es la voluntad, y la voluntad divina es amor universal como para crear un paraíso, no en la imaginación, sino en el corazón de los que están en posesión de él. Cuando la estrella matutina del divino amor nace en el alma, la paz entra con él. Así, pues, no se dice que los Angeles canten en el nacimiento de Cristo dentro del corazón humano: «Gloria á los que están bien versados en ciencia y sofistería»; sino que se dice que cantan: «Gloria á aquel Dios, que es Amor universal, y paz á los hombres de buena (esto es, divina) voluntad.»

De gran cantidad de enseñanzas puede ser relleno el cerebro durante una vida, pero cuando llega la muerte, toda esta morralla sin valor en el reino de la eternidad será abandonado; pero el desarrollo de la divina flor de loto del alma en el claror del divino amor, puede necesitar muchas sucesivas encarnaciones. Con el primer rayo de este amor, asimilado por el alma y haciéndole consciente de su propia y elevada naturaleza y destino, el «Chelado» desciende sobre el peregrino en el camino que conduce á la iniciación é inmortalidad. Cuando el fuego de amor es encendido en el corazón, la luz se eleva é ilumina la mente produciendo ciertos cambios aun en la forma física. (Efesios IV 16). Sin este amor divino, toda enseñanza es inútil, vanos todos los esfuerzos: porque Dios es Él mismo Amor (I Juan IV 8), y no puede haber unión con Dios si es desecha-

do el Amor (I Corintios XIII 2). Quien encuentra Amor, encuentra Vida espiritual (Proverbios VIII 35); pero quien repudia el Amor, repudia la luz y busca la obscuridad y la muerte. El hombre ha sido llamado un «ser mixto» porque no es completamente material, sino también espiritual en su naturaleza. En él (como dice Jacobo Böhme) está el campo de batalla de tres reinos: el de la luz, el de la obscuridad y el de la naturaleza. «Continuamente la luz del día brilla en la obscuridad y la obscuridad no la comprende», pero cuando la obscuridad es disipada por la luz y el Espíritu en el hombre despierta su divina auto-consciencia, entonces aparece en el hombre una nueva colección de facultades interiores, una nueva clase de poderes y percepciones espirituales y la memoria que pertenece al *Ego* reencarnado asirá la mente terrestre y externa. Estas enseñanzas, que son incomprensibles para la mayoría porque pertenecen á una clase que está por encima de su experiencia, son de la más grande importancia como estímulo de los pocos que desean según el sendero hallado por aquella gran alma que estuvo encarnada en el cuerpo de H. P. B., y nosotros deberíamos, por lo tanto, en vez de perder el tiempo en investigar trivialidades como las que pertenecieron á su personalidad (por ejemplo, la omisión de citas), intentar el estudio de su vida interna y seguir á su alma en su vuelo hacia el trono de la Divina Sabiduría.

FRANZ HARTMANN

(Traducido por M. Pérez Alcorta.)

LOS DRUIDAS DE LA BRETAÑA

DESDE *Saint Brieuc* hasta la península de *Quiberón*, la Bretaña está cubierta de monumentos megalíticos. A veces es un aislado montón de piedras coronadas por una cruz moderna, sin duda para contrarrestar el poder mágico ó diabólico que le atribuye la tradición popular. Otras veces es una piedra inmensa derecha en medio de la landa desierta, un *menhir* (piedra larga) ó un círculo de piedras, *cromlech* (piedras curvas) alrededor de otra central, simbolizando tal vez el sistema planetario, y otras son los *dólmenes* (mesas de piedra) formados

por dos piedras verticales sosteniendo otra horizontal á la manera de mesa ó altar, para lo cual estuvieron destinados por los celtas, los que adornan la llanura abandonada.

En las llanuras de Carnac, filas de *menhires* se extienden hasta perderse de vista, enormes, misteriosos, como las columnas de un gigantesco templo al que el tiempo hubiera arrancado la techumbre. Son los emblemas del pensamiento humano que en todas las épocas ha tendido hacia las alturas, lo mismo en la piedra vertical levantada por el hombre primitivo que en la aguja gótica de la soberbia catedral.

Cuando los celtas habitaban las Galias, estos monumentos ya existían y eran considerados con religiosa veneración. Los druidas, sus sacerdotes, venidos de Irlanda y el País de Gales, iniciados en la *Doctrina Secreta*, vivos representantes de la tradición occidental, los atribuían á los gigantes hiperbóreos los mismos que parecen haberlos levantado en Irlanda, en Escandinavia y en todos los países del Norte de Europa.

Los druidas formaban el clero nacional céltico. Su nombre parece venir de *dru-vid* (el muy vidente) y eran reclutados entre la flor de la juventud.

Como la mayor parte de las religiones de la antigüedad, la religión druídica tenía dos aspectos: uno secreto ó esotérico y otro público ó exotérico. El testimonio de los más grandes escritores, viajeros, naturalistas y filósofos de esas épocas, están de acuerdo sobre este punto. César dice: «Ellos estudiaban los astros y sus revoluciones, la extensión del mundo y de las tierras, la naturaleza de las cosas, la fuerza y el poder de los dioses inmortales.» Agrega que para los asuntos públicos se servían del alfabeto griego, pero sus secretos no eran confiados á la escritura, sino transmitidos oralmente; Diodoro de Sicilia les atribuye el ser maestros de la doctrina pitagórica y les llama «los hombres que conocían la naturaleza divina y que estaban en comunicación con ella»; Amiano Marcelino dice: «se elevan sobre las cosas humanas y proclaman las almas inmortales». Plinio los llamó «los magos de Occidente» y Cicerón pondera en sus escritos la ciencia del druida Divitiac que él albergó largo tiempo en Roma.

La religión druídica participaba también como todas las grandes religiones de un aspecto activo, inteligente ó masculino, y de otro pasivo, pasional ó femenino; del primero eran re-

presentantes los druidas, poseedores de la ciencia y filosofía tradicionales; del segundo las druidesas, encantadoras, hechiceras cuyas ceremonias mágicas constituían el cuento popular ó exotérico.

Los druidas celebraban sus misterios en los bosques de encinas que abundaban en el país ó en cavernas consagradas al dios solar, al logos del sistema. Una de estas cavernas se abría donde hoy se encuentra el Mont Saint Michel y la llamaban *Neimheidh* ó santuario de los antepasados.

En ella se enseñaban las ciencias sagradas, las doctrinas secretas y el manejo de las fuerzas ocultas de la naturaleza.

La iniciación de los druidas duraba veinte años.

La doctrina de los tres círculos era revelada á los iniciados en sus misterios. Las almas—decían—, salen de *Annoufen*, el abismo tenebroso de donde proviene toda vida y donde reina la implacable fatalidad para emerger en el *Abred*, el círculo de las transmigraciones donde los seres, sufriendo la muerte, progresan por la libertad, para alcanzar finalmente *Gwynfyd*, el cielo radioso del tercer círculo donde impera la felicidad, donde el alma recobra su memoria primordial que le hace recordar sus existencias precedentes y encuentra su *Awen* ó genio propio, la chispa divina que lo ha guiado á través de todas las existencias, la razón de ser de la vida, la antorcha de *Gwynfyd* que ya alumbraba el abismo tenebroso de *Abred*.

En cuanto al supremo círculo de Dios ó *Cengant*, océano del infinito, rodea y contiene los otros tres, los sostiene con su aliento y los penetra de su vida.

Como los sacerdotes védicos veneraban el símbolo del fuego, que representa el Dios único y el alma inmortal que viaja del cielo á la tierra y de la tierra al cielo. Su doctrina de los tres mundos con la ley de gerarquía que gobierna las almas, reconciliaba la materia y el espíritu en el verbo viviente de la naturaleza y del hombre. Esta filosofía intuitiva no excluía las otras religiones, sino que las sintetizaba. De aquí el gran respeto de los filósofos griegos y latinos por los druidas.

Las druidesas celebraban sus ritos en las islas del océano á la pálida luz de *Koridwen*, á quien estaban consagradas, durante las noches estivales, mientras el océano mugía golpeando los acantilados de la costa.

Abandonaban las orillas en barcos que sabían conducir,

para dirigirse á la isla de Sein, donde sólo ellas podían desembarcar.

Entonces, alrededor de una fogata encendida sobre un monumento megalítico, vestidas de negro, brazos y pies desnudos, teniendo colgada al costado la segur de oro, giraban en danza loca agitando sus antorchas, profiriendo palabras misteriosas é infundiendo sagrado temor á los marinos que las contemplaban desde lejos, mientras que en el centro, sobre el fuego, se cocían las plantas mágicas que debían proporcionar los filtros de que se servían en sus encantos.

Otras veces recostadas sobre las rocas formaban complicadas figuras, las sagradas *runas*, con palillos de madera entrelazados de diversas maneras, y predecían así el porvenir de los humanos.

Eran considerablemente respetadas, é ¡infeliz del profano que llegaba á interrumpirlas en sus misterios! Era inmediatamente sacrificado por ellas mismas, convertidas en furias infernales, sobre el ara sagrada, á la diosa de la noche.

Había druidesas, como las de la isla Sein, que habían hecho voto de perpetua virginidad; otras, las que habitaban un santuario en la desembocadura del Loira, las sacerdotizas *Namnetes*, que estaban casadas y visitaban sus maridos furtivamente, durante las noches oscuras, sobre las barcas ligeras que tan diestramente conducían; las había—dice Plinio—, que no podían revelar el porvenir más que al hombre que las había profanado.

El misterio de la muerte ha sido siempre la preocupación constante del antiguo celta como de su sucesor moderno el bretón. Nada es más interesante, nada despierta más la atención del actual habitante de las landas inmensas ó de las orillas del mar, que lo que se relaciona con los problemas del más allá; quizá sea porque la extensión casi infinita de ambos les recuerden la gran eternidad; y más que todo, porque circula en sus venas la sangre celta de sus antepasados.

Así era, que en las remotas edades el guerrero valiente que no temía desafiar la muerte en las batallas ú ofrecer su vida en holocausto sobre el sagrado *dolmen* en sacrificio á sus antepasados ó por el bien de la Patria, temblaba al ir á interrogar las druidesas videntes en la selva de encinas sagradas donde vibraban á la manera de arpas eólicas, las *rotas* célticas pendien-

tes de los árboles, ó sobre la isla misteriosa defendida por el mar y los embates de la tempestad.

Sobre una barca, abordaba el guerrero la isla sagrada, aprovechando la obscuridad de la noche y los bramidos del mar, é interrumpia con su inoportuna presencia las operaciones misteriosas ó los juegos de las negras sacerdotisas.

La profanación de la isla era su sentencia de muerte; las nueve *senas* debían sacrificarlo en castigo de su osadía, salvo que alguna de ellas, vencida por el amor, fuera incapaz de ejecutar la orden fatal; entonces la druidesa vencida era por tres días propiedad del vencedor, tres días al fin de los cuales debía sufrir la muerte, cual profanada vestal.

El resto de las druidesas dejaba en sus barcas la isla que iba á ser por tres días la isla del amor.

En una caverna sobre las hojas de eglantina y en las flores de verbena que servían de tálamo nupcial, se sucedían los misterios de *Koridwen*, las risas y los murmullos acompañados también de los murmullos del mar. Entonces la druidesa revelaba á su amante los secretos del presente y del porvenir, ora sirviéndose de las sagradas ruinas, ora entregada al delirio profético, vaticinaba los arcanos del hombre y del mundo.

A la tercera noche, ella misma obligaba al atrevido guerrero á alejarse de la isla fatal que iba á ser su lecho fúnebre; lo hacía subir sobre su barca y colocaba encendida en su proa su antorcha, símbolo de *Gwynfyd*, el alma de la desgraciada mujer que por su profanación debía ser arrojada del santuario de *Bel-Hed* y presa de las tempestades de la tierra, debía durante la evolución de los tiempos guiar sobre el océano de la vida al hombre que ella había amado.

Cuando á la mañana siguiente volvían las otras druidesas, encontraban á su compañera sin vida.

Después de la partida del guerrero, había bebido el veneno en su nacarada concha.

El culto druida exigía los sacrificios humanos, á veces voluntarios, pero casi siempre de los prisioneros de guerra ó de criminales de derecho común, bien fuera en holocausto á sus divinidades, bien para atraer y vivificar los manes de los antepasados con la sangre vertida y tenerlos propicios en sus ceremonias mágicas.

Los sacrificios humanos fueron una de las causas de la de-

cadencia del culto druídico; el imperio romano en su conquista prohibió estos sacrificios y las grandes escuelas romanas vinieron á hacer competencia á las enseñanzas de los druidas.

Después de un último esfuerzo bajó Vespasiano cuando el incendio del Capitolio, que les pareció presagiar el fin del poder romano, los druidas emigraron á la Gran Bretaña y luego á Irlanda, de donde habían venido. Allí se mantuvieron durante cuatro siglos todavía. En Irlanda gozaron de grandes privilegios ante los reyes y el pueblo, y aun después del triunfo del cristianismo en esa isla, se conservaron como un verdadero poder frente al clero cristiano. El druidismo no desapareció hasta el año 560 después del abandono de Tara, la capital del rey supremo de la isla.

En Francia, no obstante el triunfo del cristianismo, las creencias y prácticas del culto exotérico druida subsistieron, y muchas aún subsisten en Bretaña, degeneradas, mezcladas con las de la religión triunfante.

Silfos, gnomos, fuegos fatuos, enanos, hadas, genios de varias clases y lobos garus, son otros tantos recuerdos del pasado céltico.

Las piedras, las fuentes, los bosques, el mar y hasta los animales tienen sus leyendas, mezcladas á veces con elementos cristianos. Las encinas benditas, las yerbas cogidas la noche de San Juan, los *ex-votos* suspendidos de las ramas de los árboles, las pretendidas curaciones obtenidas pasando á través del agujero de una piedra ó hendidura de un árbol, no son más que recuerdos vivientes del pasado.

Cuando los campesinos saltan y hacen saltar sus animales á través de las llamas de los fuegos de San Juan, no hacen sino practicar un viejo rito druídico. Así es como las religiones vencidas se vengan de las vencedoras que las han absorbido, legándoles sus prácticas externas, su aspecto exotérico, el cual conservan bajo la forma de superstición, pero reservando la enseñanza de sus verdades, el lado oculto de sus creencias y prácticas, solamente á los iniciados en la *Religión de la Sabiduría*.

Francisco de B. ECHEVERRÍA.

LA PROTECCIÓN DE LOS MAESTROS

Si nos fuera posible meditar un instante cada día sobre la gran importancia de la comunidad de ideas que nos une, un profundo sentimiento de amor, paz y armonía brotaría á cada momento de nuestros corazones, dándonos más ánimo, vigor y confianza en todos los actos de nuestra vida diaria. Debemos meditar todos sobre una clara concepción de ideas y propósitos, tomando como base de esta meditación los fines elevados que nuestra Fraternidad persigue. Entonces nos será posible obrar juntos sobre los altos ideales y anhelos que desde un principio nos hemos propuesto, y nos será posible percibir también, cada vez más claro, el hecho de nuestra unión *real* con el PADRE. Si nos es posible entregarnos á una pequeña práctica espiritual cada día, pensando sobre la colosal importancia de esta Unidad, una corriente de profundo amor y caridad hará estremecer nuestros corazones, é instintivamente nos sentiremos impelidos al perdón y olvido de todas las ofensas inferidas, olvidando los incidentes y miserias de la vida personal, diciendo: ¡Bendita sea la hora en la cual se han reconocido y abrazado nuestras almas! ¡Maestros, que habéis realizado una vida espiritual de pureza y perfección incomprendible para nosotros y habéis renunciado al premio obtenido, por amor á la raza, viviendo sin asco en medio del cieno y la lepra del mundo, observad nuestra marcha, analizad nuestros propósitos y ayudadnos, si véis que nuestros sentimientos son puros! ¡Sabemos muy bien que vuestra ayuda es *real* y *eficaz*; pero nada podéis hacer, si nosotros no aspiramos á vuestra protección! ¿Qué importa que el desaliento y el fracaso nos acechen? ¿Qué importa que, en un momento débil, rodemos otra vez, cayendo al precipicio de nuestra inferioridad? Aunque nuestra identidad es *real* con la Gran Realidad, nuestro instrumento físico es débil, imperfecto y obtuso y, por lo tanto, expuesto á fracasar mientras no nos sea dado obtener una total realización de nuestra regeneración del cuerpo y de la mente.

Una vez obtenido esto, no sólo nos será posible obtener dominio sobre todos nuestros pensamientos y dirigir nuestros destinos, sino también servir de una manera práctica y eficaz al mejoramiento de las condiciones de otros.

Cada miembro de nuestra Fraternidad debiera, pues, dedicar lo menos cinco minutos por día á la meditación de estos puntos, y así nos será posible aclarar nuestra mente, haciéndola apta para la concepción de ideas más puras y sentimientos nobles y elevados. Pidamos siempre Luz ¡más Luz! para que nuestra mente se aclare, y así contribuiremos más eficazmente al progreso general é individual de todas nuestras aspiraciones. Si procedemos así y nuestros propósitos son sinceros y elevados, el sentimiento de poder y de Grandeza que podemos obtener será ilimitado, siempre que nos sea posible colocarnos, siquiera sea por un instante, más allá de las miserias de la vida personal, donde las limitaciones nos hacen «impermeables», ciegos y sordos para las percepciones de las realidades espirituales. En estas elevadas prácticas hemos de fracasar y sentir cansancio más de una vez; pero debemos ser suficientemente fuertes y perseverantes para levantarnos cuando nos sintamos caer, y proseguir otra vez.

Esto es todo el mal que puede sucedernos, y no debemos temer nada más. Los Maestros, que, como nosotros, han pasado por esta misma etapa de existencia, han fracasado y también caído una y otra vez; mas, siendo fuertes y perseverantes, han triunfado de todos estos incidentes de la vida inferior hasta colocarse más allá de donde estos obstáculos existen; y como conocen perfectamente el camino, procuran á cada instante tendernos su mano protectora para aliviar nuestras miserias é iluminar el Sendero por el cual marchamos. Sus saludables influencias nos rodean y nos sirven de escudo contra toda mala tentación y decaimiento, y nos bastará tan sólo *pensar en ellas* para sentir las. Procuremos mantener vivo el sentimiento que próximamente ha de realizarse en nosotros: Amor, Paz y Armonía. Cada paso recto dado hacia estos fines elevados será una victoria obtenida y una potente influencia que directamente nos conducirá á la «Salvación».

Los Adeptos de todos los tiempos han procurado primero sus victorias individuales, triunfando sobre ellos mismos en las dificultades, ya mencionadas, de la vida inferior; y buscaron y

buscarán siempre, después, las victorias de sus hermanos que, como Ellos lo hicieron, luchan ahora por elevarse sobre los escombros de sus propias miserias. No hay nada imposible, todo nos será asequible, si estudiamos y meditamos asiduamente sobre este asunto de tan gran importancia: el asunto de nuestra propia existencia y Felicidad Eterna. Procediendo así, todos los misterios que actualmente constituyen el velo que nos impide percibir los mundos de Luz, Paz y Armonía que á nuestro alrededor existen, llegarán á caer uno á uno bajo nuestra percepción mental y serán entonces *realidades* visibles, audibles y tangibles. Pero debemos procurar ser puros de corazón, debemos ser perfectos, viviendo en la observancia de las concepciones más altas que tengamos de Virtud y Justicia. Y así veremos como, poco á poco, se va ensanchando el horizonte mental de nuestras percepciones, á la vez que nuevas posibilidades se irán presentando. Nueva vida correrá también por nuestras venas, fluyendo todo nuestro sistema y disipando también inquietudes y enfermedades, porque la vida regenerada habrá principiado. Todo nuestro cuerpo vibrará en armonía con el Universo entero, y nuestra mente estará «á tono» con el Infinito. He aquí el Reino de los Cielos ó la verdadera existencia del Paraíso Terrenal; he aquí la «Asonancia» de que se habla en las Escrituras y la realización de la paz del alma. Y este es todavía el sendero por el cual hemos de seguir elevándonos á más y más elevadas esferas de existencia, siempre ayudados por Aquellos que hace algunos millones de años han pasado por esta misma faz de la evolución y han experimentado los mismos fracasos y los mismos éxitos. Así, si en nuestros esfuerzos obtenemos algún fracaso, no debemos dejarnos vencer por el desaliento, ni tampoco envanecernos por los éxitos. Debemos tener en cuenta que no se trata aquí de una total realización, sino de una etapa del Sendero de Perfección. ¡Dichosos aquellos que constantemente desean elevarse y perfeccionarse, porque obtendrán abundantes frutos!

¡Hombres y mujeres que pasáis la mayor parte de vuestro tiempo ejecutando rezos y prácticas religiosas cuyo sentido no comprendéis, reflexionad un instante, haced un «alto» y bajad al fondo mismo de vuestro sér, procurando hallar allí el cielo que anheláis!

Mandel A. BUELA

NO-SER, EXISTIR Y SER

II

PARA hacer más asequible nuestro pensamiento, pondremos un símil. La Conciencia Absoluta se puede comparar á la sabiduría ó á la bondad. Nadie dirá que la sabiduría es sabia, ni que la bondad es buena; pues del mismo modo nosotros creemos que no es justo ni cierto decir que la Conciencia Absoluta es consciente. La Conciencia Absoluta, lo mismo que la sabiduría y la bondad, son cosas abstractas, por decirlo así, en tanto que lo consciente ó conciencia individual limitada, lo mismo que lo sabio y lo bueno, son cosas concretas. Un hombre es consciente y puede ser sabio y bueno, pero este hombre no es la conciencia, ni la sabiduría, ni la bondad. Ni el hombre es la conciencia, la sabiduría y la bondad, ni éstas son el hombre. Todo lo que es abstracto, ilimitado é incondicionado, pertenece al Absoluto; todo lo que es concreto, limitado y condicionado corresponde al sér, sea este sér un animal, un hombre ó un Dios. Lo abstracto, ilimitado é incondicionado, no habiendo todavía penetrado dentro del círculo de la evolución ó manifestación, es el *summum* de la imperfección. Así, pues, lo Absoluto es la absoluta imperfección, y la perfección absoluta no existe. El más insignificante insecto es infinitamente más perfecto que el Absoluto. En las regiones de lo abstracto, ilimitado é incondicionado se halla establecida la mansión del No-ser. Dejemos ya esta mansión ilimitada é incondicionada y penetremos en aquella en donde todo es limitado y condicionado. Pero antes debemos decir algo acerca de un punto que ha sido objeto de alguna controversia.

Nos referimos á la idea que, al parecer, prevalece hoy día, de que el ESPACIO es un algo ó círculo cuyo centro se halla en todas partes y cuya circunferencia no se halla en ninguna. Nosotros creemos, por el contrario, que el centro y la circunferencia del ESPACIO no se hallan en parte alguna. Creemos

que en el ESPACIO no existe centro ni circunferencia alguna, porque es ilimitado. No es concebible una circunferencia sin centro, ni un centro sin circunferencia, periferia ó límite; y si el ESPACIO no tiene límites, ¿en dónde hemos de hallar ó asentar ese pretendido centro? El centro y la circunferencia, periferia ó límite, son dos cosas ó entidades inseparables; la una no puede existir sin la otra. Todos los cuerpos ó formas, ya sean Kosmos, sistemas solares, soles, planetas, hombres ó plantas, tienen un centro, porque tienen un límite, y precisamente porque tienen un límite han de tener forzosamente un centro; en tanto que siendo el ESPACIO ilimitado, ¿cómo ha de tener centro? Sin embargo, cuando una partícula del ESPACIO se manifiesta; cuando, hablando en términos teosóficos, principia la Era del *Mahamanvantara*, ó sea el tiempo que dura un Kosmos, entonces aparece un Círculo, el cual es la causa de que este Kosmos sea limitado, aun cuando la enorme extensión que este Kosmos abarca sea para nuestra pobre imaginación lo infinito y lo ilimitado. A pesar de lo dicho, confesamos con gusto que la idea de que el ESPACIO es un círculo cuyo centro se halla en todas partes y cuya circunferencia no se halla en ninguna, es una idea feliz y que merece todas nuestras simpatías. Es una idea luminosa y profundamente metafísica, que pone una vez más de relieve nuestra pequeñez é insuficiencia para sondear el arcano del misterio que nos rodea, pero por muy simpática que nos sea no la creemos exacta, y por ello preferimos atenernos á la que dejamos expuesta. A nosotros, teosofistas y partidarios del libre examen, en el sentido más amplio que esta palabra encierra, no nos es posible dejar de ser respetuosos para con todas las opiniones leal y noblemente expuestas, y apoyándonos en esta misma libertad que nosotros reconocemos en los demás, nos permitimos exponer las nuestras.

Hechas las consideraciones que anteceden, penetremos en la mansión de lo limitado y condicionado, esto es, en el Círculo ó Kosmos que, como tal, tiene una circunferencia ó límite y un centro bien definidos y determinados. Hemos de tener en cuenta que, procedentes de la mansión del No-ser, penetramos en la mansión en donde se existe primero y se es después. No-ser, existir y ser. Estas tres palabras lo abarcan todo y sintetizan lo Absoluto. Nada hay que ellas no lo contengan. Primero no somos, después existimos y más tarde somos. Más allá de ser no

podemos pasar. Ya hemos visto que la condición del No-ser es la de la inconsciencia y la insensibilidad. Analicemos ahora la condición á la cual llamamos existir y más adelante estudiaremos la que denominamos ser.

Claro está que, en el recto y absoluto sentido de la palabra, siempre hemos existido, porque nada ha sido creado; nada ha salido de la *Nada*, sino que, por el contrario, todo cuanto existe ha existido y existirá eternamente; pero para el objetivo que nos proponemos en este estudio hemos adoptado los términos No-ser, existir y ser, á fin de dar un nombre á los tres principales estados que abarcan la evolución de los seres, basándonos para ello en la idea de que sin conciencia y sin sensibilidad, aun cuando se exista, es como si no se existiera. La condición del No-ser es el estado subjetivo en el cual el futuro sér se ignora á sí mismo en absoluto, y las dos condiciones restantes son los estados objetivos, en el primero de los cuales principia por sentir de modo confuso é incipiente, y en el segundo alcanza una conciencia cada vez más amplia y perfecta de sí mismo y de lo que le rodea.

Así, pues, desde el momento que la Vida ó Mónada abandona la mansión del No-ser principia á sentir, y desde el momento que principia á sentir principia también á existir. En este momento da principio á la jornada que jamás tendrá fin. Como que en la Naturaleza todo está supeditado á una Ley fija de adelanto progresivo; el modo de sentir de la Mónada es casi nulo al principio. Sin embargo, esta sensación se acentúa gradualmente á medida que transcurren los siglos, á medida que los milenios se suceden á los milenios, y de esta suerte avanza en su desarrollo y progreso. La Mónada ha penetrado, ó, por mejor decir, en torno de ella ó de ellas (puesto que las mónadas que evolucionan en un Círculo ó Kosmos son para nuestra limitada inteligencia infinitas) se ha formado el Círculo de hierro, la Fragua de la evolución, el Cielo de necesidad en el cual, sin tener conciencia de ello, debe trabajar para desarrollar en sí misma el poder de sentir y la conciencia individual que ahora sólo posee en germen. Al abandonar la Mónada la mansión del No-ser, deja tras sí á lo Eterno é Ilimitado para penetrar en la región del tiempo y de lo limitado, y de esta región no saldrá jamás. Ha nacido, por decirlo así, á la vida objetiva después de haber permanecido desde toda Eternidad en el seno de la vida

subjetiva, y á esta vida subjetiva no puede jamás volver, del mismo modo que el polluelo, una vez nacido, no puede volver á entrar en el cascarón de donde ha salido. La Inexorable Ley, en virtud de sus inapelables decretos que nadie comprenderá jamás, obliga á la Mónada, sin que ésta tenga ni pueda tener arte ni parte en ello, á convertir lo abstracto en concreto, lo ilimitado en limitado, la eternidad en tiempo, lo negativo en positivo, lo que está en germen en una realidad visible y tangible.

Sin el Círculo de hierro, sin la Fragua de la evolución no sería posible la existencia de los seres. No existiría más que el Uno ó ESPACIO, siempre homogéneo, siempre igual á Sí Mismo y sin variación posible. El Uno contiene á todos los seres, mas todos los seres no contienen ni constituyen al Uno. Todos los seres proceden y derivan su existencia del Uno, á pesar de lo cual no Lo limitan en lo más mínimo. El Uno, después de haber emanado de Sí Mismo á todos los seres y mundos, continúa siendo tan Ilimitado como siempre. La formación (no creación) del Círculo tiene por objetivo conseguir que una partícula de este Uno se haga consciente de sí misma, y esta partícula la constituyen todos los seres, sin excepción. El Uno continúa siempre siendo Ilimitado, porque la partícula que emana de Sí Mismo no es ninguna entidad independiente ó separada, sino una entidad que vive, alienta y progresa en el seno de este Uno, y es una parte integrante del Mismo. Si fuese posible que esta partícula se separase del Uno, entonces lo limitaría, en cuyo caso habría una verdadera dualidad fundamental; habría dos ALGOS absolutamente independientes, y la Unidad, que es la base fundamental de todo cuanto existe, dejaría de ser, dando así lugar á la confusión, al caos y á la destrucción. Para que el Kosmos ó Círculo subsista y pueda tener lugar en él la evolución de los seres, es indispensable la unidad; es indispensable que el Uno sea siempre Ilimitado y que todo cuanto exista forme parte y dependa de Él, lo mismo cuando emana un Kosmos, que cuando lo reabsorbe y lo hace desaparecer en su Infinito Seno. Lo incomprendible para nosotros es que estas emanaciones y absorciones las verifica el Uno inconscientemente, de la propia suerte que una máquina puesta en movimiento produce piezas de latón, hierro ú otra materia cualquiera. ¡Misterio magno y terrible que escapa y confunde nuestras limitadas per-

cepciones! Siendo, pues, indispensable que todo cuanto existe forme y sea una parte integrante del Uno, de aquí podemos deducir, lógicamente pensando, que la absoluta independencia ó separatividad no existen. Nadie está completamente separado de nadie, puesto que todos formamos parte del Uno, y la independencia que media entre los seres, sean de la clase ó categoría que fueren, es siempre relativa. Cuando la humanidad se haya penetrado bien de esta verdad, cesarán para ella el sinnúmero de miserias y dolores que actualmente la afligen.

(Se continuará.)

José GRANÉS

ENTUSIASMO Y FANATISMO

Muy fácilmente confundimos el entusiasmo y el fanatismo; pero el verdadero entusiasmo es tan raro como común es el fanatismo. Á menudo el entusiasmo degenera en fanatismo, que es su polo opuesto; pero difícilmente el fanatismo llega á ser verdadero entusiasmo. Creo que esto es la causa de la extraña confusión que reina acerca de este punto. Sólo á pocos es dado poder concebir la manifestación de la belleza pura, y, generalmente, la gente confunde á menudo cualquiera triste caricatura con ella, ó la niega. Esto es natural, porque el conocimiento que tenemos de nosotros mismos es muy imperfecto, y en lo que se refiere á algunos fenómenos de nuestra vida interna, que pueden ser importantísimos, somos completamente ciegos.

¿Qué es el entusiasmo? Es la presencia de Dios en nosotros, la manifestación de nuestra espiritualidad, la exaltación de todos nuestros poderes-espirituales. La espiritualidad es el reconocimiento de la Unidad de todos los seres, el reconocimiento de la única vida eterna, velada por millares de formas; y esta conciencia es de tal modo profunda, que necesariamente nos conduce á reconocer la unidad en nuestra propia vida. El entusiasmo es una forma de intensa espiritualidad; es una manifestación de amor soberanamente expansiva, que tiende á comprenderlo y abrazarlo todo. Si alguna vez choca con una opinión distinta de la suya, el entusiasmo busca el camino de entenderse de un modo armónico, busca acercarse, estudia

los puntos de contacto. Es una actitud de paz, de unión. Las manifestaciones en que el fuego del entusiasmo parece más vivo, son aquellas que nos determinan las fuerzas y nos aseguran el porvenir.

¿Qué es el fanatismo? Es una devoción exclusiva y cerrada hacia un punto de vista determinado; una devoción apasionada, hasta el extremo de negar todos los demás puntos de vista.

El origen mismo de la palabra es muy interesante. En la antigüedad se llamaba «fanáticos» á los servidores del templo (de la palabra latina *fanum* templo). Estos servidores estaban encargados de la limpieza del templo, pero no eran admitidos en los misterios, de los cuales no comprendían el significado. Estos cumplían escrupulosamente sus deberes y eran humildes; por esto, la palabra «fanáticos» fué después adoptada irónicamente para denotar una ciega y exclusiva devoción á una idea determinada. El origen de una palabra nos dice mucho, y á veces ilumina cuestiones complicadas.

La característica del entusiasmo es la tendencia á abarcarlo todo, la amplitud de miras; la característica del fanatismo es la exclusión, la restricción de miras. Esta es la principal diferencia que se encuentra en el carácter de los hombres y en sus actividades. Allí donde no domina un exclusivismo apasionado, puede existir la comprensión y simpatía hacia otro modo de pensar, benevolencia y fraternidad, aun con aquellos que no comparten nuestras ideas. Por consiguiente, vemos una constante expansión de la vida interna, que se enriquece con los pensamientos y sentimientos que pertenecen á otro orden de ideas. El precioso cambio de impresiones y pensamientos aumenta, y nuestro poder de percepción y comprensión, el de sentir y pensar, aumenta también. La vida que se expansiona es manantial de goces y produce salud, fuerza y serenidad.

El exclusivismo fanático, por el contrario, conduce á resultados muy distintos: cualquier punto de vista diferente del nuestro nos parece extraño, imposible de comprender; el cambio de ideas cesa, y el alma que ha perdido la capacidad de escuchar cosas ajenas á su modo de pensar, fracasa definitivamente. El sentimiento de unión es únicamente posible con aquellos que piensan al unísono con nosotros. Los límites de la comprensión se restringen, y la vida interna exclusiva y limitada produce una tristeza que se manifiesta en irritabilidad nerviosa

y en lamentable descontento. Parece como si la salvación y la luz no existen sino en *nuestro* camino y que todos los que no están con nosotros están en *contra* nuestra.

Pero, ¿por qué es necesario conservar en el alma aquella amplitud de miras que nos induce á reconocer la bondad, aun de aquello que nos es ajeno? ¿No podría la fuerza del alma, que irradia libremente y busca abrazar en su amor todo cuanto puede, dar resultados más positivos si se concentrase en un solo punto, en la devoción de un solo ideal?

Los fanáticos no son menos devotos de su idea que los entusiastas. Ellos están siempre prontos á sacrificar todo lo que les es más querido, aun la vida y el honor, y en su actividad superan á los entusiastas. Pero la fuerza, en sí misma, no es tan importante como su sabio empleo y su expansión armónica. Las aguas pueden tomar una dirección falsa, y si su lecho es estrecho y profundo pueden convertirse en una terrible fuerza destructora, en vez de ser una fuerza benéfica. La pasión no dominada, si se aplica á una idea, puede desviarla de la verdad, en vez de conducirla á la luz; puede producir discordancia y sufrimiento á los corazones sedientos. Donde quiera que la armonía es perturbada, el desarrollo sano y la influencia benéfica son también entorpecidos. La delicada flor del amor necesita una atmósfera pura, no envenenada ni oscurecida. El fanatismo es la manifestación de una vida interna pasional, cuyo desarrollo no es armónico, porque va acompañado de elementos perturbadores (la intolerancia y el exclusivismo). En esta atmósfera malsana la flor del amor perece, la unión con los hermanos es imposible y la devoción hacia un ideal se manifiesta en la vida como odio hacia los adversarios.

La esencia del entusiasmo es un amor intenso; la esencia del fanatismo es una animosidad ardiente tan poderosa, que el amor muere y llegan á ser posibles las torturas de la inquisición.

El poder del sentimiento y el espíritu de sacrificio son iguales en el entusiasta y en el fanático, pero sus actitudes y modos de obrar son tan diversos como diversas son las corrientes que los inspiran. «El amor lo espera todo, lo cree todo y no se extingue nunca»; esto dice el entusiasmo. «Que el mundo perezca para que mi idea salga victoriosa»; tal es el grito del fanatismo.

El entusiasmo y el fanatismo pueden compararse al amor

puro y al amor impuro. Un amor personal no purificado puede hacer que un hombre que desea apasionadamente ser amado sienta celos, envidias, loca ambición, de tal modo, que cualquier obstáculo que se interponga entre él y el objeto amado provoca en él irritación y odio. Un amor impuro hacia una idea, irá también acompañado de una mezcla imperfecta de sentimientos semejantes á los que hemos mencionado anteriormente, aunque parezca impersonal. Nada debe asustar al hombre que habiendo superado el egoísmo de familia y de nación no dice ya más: «Mi familia, mi nación son las mejores del mundo», sino que dice: «Mi maestro es lo más superior y mi Dios está por encima de todo.»

«Juzgad al árbol por sus frutos», dijo Jesús. Si una persona siente un amor exclusivista y apasionado, demuestra claramente que este amor está influenciado por Kama y que tiene su origen en el plano astral.

Por otra parte, si el hombre ha llegado á ponerse en contacto con el plano más elevado, el Búdhdico, su actitud, sus actividades serán inspiradas por el fuego de la Unidad, que es el atributo principal de aquel plano. Por esto, todas las enseñanzas que deben perpetuarse han de ser dadas con espíritu fraternal. Allí donde no hay fraternidad no encontraremos el fuego divino que procede del plano superior, y no habrá progreso, pues éste no puede existir si no está en armonía con la ley de evolución. Por esta Ley se esboza un nuevo principio en la humanidad. Este nuevo desarrollo empezará en la raza y en la nación donde el fuego del entusiasmo sea más vivo, donde sea mayor la capacidad para un servicio desinteresado. Si Rusia (es una rusa la que escribe) debiera formar parte de este gran futuro; si este desarrollo hubiese de venir por medio de nosotros, ¡cuán grande sería nuestra responsabilidad! ¡Cómo debiéramos estar en guardia para no permitir que el negro é impetuoso torrente de fanatismo aparezca entre nosotros!

No oímos á nuestro alrededor más que el estampido de la pólvora, de los cañones, de los odios de partido. El fuego del odio y de la desesperación ha invadido nuestra patria, y el tenebroso fuego del fanatismo ha dejado áridos muchos corazones que sinceramente aspiraban á la verdad.

La Teosofía y el movimiento teosófico son las luces con las que el trabajo de purificación y de resurrección será empen-

didó, porque la misión de la Teosofía es una misión de luz y de paz. A los que vamos á la vanguardia de este gran movimiento en Rusia, nos corresponde ayudarla y dirigirla. No debemos permitir la malicia y la animosidad entre nosotros y debemos apoyar y reconocer en otros movimientos los mismos destellos de la verdad. Y si nuestras ideas son bien aceptadas, aun bajo otros nombres, no nos lamentaremos de que la Teosofía no sea conocida con su propio nombre, sino alegrémonos de que ella viva, bajo cualquier nombre en Rusia, y lleve á todas partes la luz y la fuerza de resurrección.

ALBA (Anna Kameusky).

(Traducido por C. L. A.)

NOTAS CIENTÍFICAS

(Extractado del *Theosophist*, por G. H. Sutcliffe).

HAY un enunciado en el artículo «El éter del espacio» (SOPHIA, Noviembre y Diciembre de 1908), que permite esclarecer por el momento, de modo considerable, lo que para la física es un profundo enigma. Los físicos han probado que todos los cuerpos, en determinadas condiciones, emiten electrones ó corpúsculos, cuya masa es, aproximadamente, la milésima del átomo de hidrógeno. De aquí se ha originado la teoría de que toda materia está compuesta de electrones, en número proporcionado con el peso atómico del cuerpo, esto es, el átomo de hidrógeno está compuesto de 1.000 electrones, el de oxígeno de 16.000, el de hierro de 56.000, etc., puesto que el peso atómico de estos elementos es, respectivamente, de 1, 16 y 56.

Pero las investigaciones posteriores de J. J. Thomson han demostrado que el número real de corpúsculos de los átomos químicos es el que se les venía asignando; el átomo de hidrógeno no contiene más que un solo corpúsculo, el de oxígeno 16, el de hierro 56, etc.; de suerte que el número de corpúsculos contenidos en los átomos químicos está en relación de tamaño con su peso atómico.

El resultado de estas últimas investigaciones de Thomson ha sido considerado por Oliver Lodge (*Electrons*, pág. 194)

como «el más formidable golpe asestado contra la teoría eléctrica de la materia».

* * *

Si ponemos ahora nuestra atención en el artículo «El éter del espacio», es posible que en él encontremos la explicación de estas contradicciones en los resultados de las investigaciones de los físicos.

En efecto: allí se nos dice que, aunque el átomo físico pueda ser desmenuzado ó dividido en 49 átomos astrales, éstos, entonces, no coexisten ya con el átomo físico, porque si la unidad de fuerza, que es la base de la existencia del átomo físico, es destrozada de tal modo que el átomo desaparece, éste es reemplazado por 49 átomos astrales. Ahora bien, si los átomos astrales son los mismos electrones, los físicos no podrán probar la existencia de gran número de ellos en los elementos químicos, lo que no obsta para que, si poseen un día el medio de destruir la materia física, se produzca una masa de electrones equivalente á la materia desaparecida.

En notas anteriores he expuesto los motivos que me inducen á creer que el electrón y el átomo astral son una misma cosa, y la presunción de que en esto se encuentra la solución única del enigma científico en cuestión me parece una prueba más para la exactitud de la hipótesis. Esta puede formularse así: «Los procedimientos físicos, por medio de los cuales los experimentadores hacen salir conjuntos de electrones de la superficie de los cuerpos, ¿constituyen una operación semejante á la de aniquilar las unidades de la fuerza que forma los átomos físicos, transformándolos así en átomos astrales?» Si esto es así, hay que convenir en que tales procedimientos producen la destrucción de la materia física. Es interesante hacer constar aquí que el doctor francés Gustave Le Bon llegó á conclusión idéntica, demostrando de manera concluyente, en su libro *L'évolution de la matière*, que la materia es desintegrada en tales operaciones.

Parece, pues, en este caso, como en otros muchos, que si concordamos los resultados de las investigaciones científicas y los estudios del ocultismo, estaremos en camino de resolver este gran problema de la ciencia.

Vemos, en efecto, que si fuese posible descomponer la ma-

teria física en electrones, ó lo que aparentemente es lo mismo, descomponer todo átomo físico en átomos astrales, estos electrones ó átomos astrales no se podrían encontrar como tales en la materia física en cantidad suficiente para representar el peso total de la materia. Podrá haber en ella algunos átomos astrales retenidos en las mallas de la materia física, y á esta clase corresponderán los descubiertos por Thomson en sus últimas experiencias, pero éstos no representarían más que una pequeña fracción de la cantidad que hubiera encontrado si la materia entera hubiera sido desintegrada. De este modo la contradicción entre las teorías más recientes acerca de la materia y algunas observaciones también recientes, queda explicada de modo satisfactorio, demostrando á la vez lo necesario que es al hombre de ciencia estudiar seriamente el resultado de las investigaciones del ocultismo, si ha de obtener una solución completa de ciertos problemas de la física.

H. G. GONZALO

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN MARRUECOS

Las órdenes religiosas que ejercen influencia verdadera en Marruecos son las siguientes. No las enumero todas, sólo hablo de las más principales:

Kadria, Mexixa, Xadelia, Hamacha, Aisana, Taibia, Xeijia, Jadiria, Tiyyania, Darkana, Snusia y Kittamia.

Kadria.—Sidi Abd-El-Kader-el-Dijilani figura entre los santos más venerados de la religión musulmana. Nació en Djilan el año 471 de la Hégira, ó sea en 1078-1079 de la Era cristiana, y murió á los noventa años. De padres pobres, aunque jerifes, se consagró con fe pura y ardiente vocación á la práctica de la caridad. Tanto que, colmado de riquezas por los dones de los fieles y de los soberanos, no conservaba nada para sí y lo distribuía todo en limosnas, por lo común secretas, para que no se enterase la mano izquierda de lo que hacía la derecha. Sus predicaciones se encerraban en la máxima santa del amor al prójimo, y jamás dijo mal de los cristianos, de esas «gentes de la Escritura», á quienes Aláh hará el favor un día de tocarles en el

corazón y de iluminarles el entendimiento. Era devotísimo de Sidna Aisa (Jesucristo). Siendo todavía muy joven fué en peregrinación á la Meca, y asaltada su caravana, los bandoleros despojaron á sus acompañantes de cuanto llevaban hasta dejarles desnudos. «Y tú, muchacho—le dijo el jefe de los bandidos—, vete en paz, porque no puedes tener nada.» «Si tengo—replicó Abd-El-Kader—; mi madre me dió diez escudos.» «¿Y por qué no te callas? De no confesarlo te ahorrabas que te robásemos.» «La mentira es el más feo de los pecados.»

Tal era el hombre, el santo más popular, el más universalmente venerado en el Islam. «Si Dios no hubiera elegido á Mahoma—suelen decir los moros—para revelar la palabra divina y ser el espejo de los profetas, hubiera enviado á Sidi Abd-El-Kader, aquel que entre todos los hombres, por sus virtudes y por su espíritu de caridad, podía igualarle.»

Las doctrinas de los kadrias se encierran en esta máxima de su catecismo: «Si te preguntan cuál es la morada perecedera y cuál es la eterna, contestarás: la tierra es perecedera con todo lo que tiene, porque es el lugar de la ilusión conforme á la palabra divina, que dice todos los placeres terrenales son mentirosos. La morada eterna es la otra vida, y sólo la habitará por toda la eternidad el que haya practicado buenas obras, el que haya multiplicado sus sacrificios, el que haya arrojado de su alma la impureza y la inmoralidad.»

Mexixia.—Hubo un santo, Abu-Median, natural de Sevilla, que fué el verdadero fundador de esta orden. Adoraba en cadena mística al angel Gabriel, al Profeta y á una serie de santos musulmanes, casi todos españoles. Su discípulo predilecto, Abd-El-Salem-ben-Mexis, jefe de los Beni-Arus, de Djebel-Alem, cerca de Tetuán, se consagró á continuar la obra religiosa del fundador de la dinastía de los Almohades. Predicó el menosprecio de todas las funciones públicas y el apartamiento absoluto de todos los detentadores del poder. A él se debe lo que pudiéramos llamar el Código espiritual de la rebeldía, de la insumisión á las órdenes de los sultanes, y su nombre invocan las kabilas que no quieren obedecer la autoridad del Magzen ni pagar los impuestos. Pero esto no en sen de guerra ni derramando sangre, sino por la resistencia pasiva. Si fuera lícito comparar mundos con mundos y civilizaciones con civilizaciones, se diría que en sus teorías hay algo tolstoiano, algo

de anarquismo místico. «Rogad á Dios que os preserve de ver á unos hombres á los pies de otros hombres.»

Xadelia.—Hija legítima de la anterior, á la cual le unen lazos profundos de doctrina y de reglas religiosas. Abd-El-Salem-ben-Mexis es famoso, no sólo por sus hechos, sino por haber sido el maestro, el padre espiritual del célebre santo Imam-el-Xadeli, ó por corrupción Iman Xaduli. El Mexis llamó á su discípulo favorito Tadj-El-Din-Abu-el-Hassen-Ali, y le dijo: «Yo te bendigo y te hago apóstol de la fe, y con el nombre de *Xadeli* te ordeno que vayas á Túnez y busques el lugar llamado *Xadel*, donde vivirás en perpetua penitencia. Esto te atraerá la persecución del poder. No te importe; sigue hacia Oriente y edifica al mundo con tu santidad. Así lo hizo Xadeli á la muerte de su maestro, y abandonando el Mogreb se dirigió á los alrededores de Túnez, encerrándose en una cueva y viviendo como un asceta. En demanda de su gracia divina comenzaron á acudir muchedumbres de la ciudad y del campo, y su popularidad fué tal, que eso le atrajo la persecución y la malquerencia del cadí de Túnez, de Ben-el-Berra. De allí partió para Egipto, y como todas las autoridades lo persiguiesen diciendo que era un ateo, se refugió no lejos de Alejandria, en una gruta á la orilla del mar. Vivió el resto de su vida en la soledad y en la pobreza. Y sus partidarios cuentan que estando El-Xadeli orando en su gruta, se le apareció el ángel Gabriel y le preguntó qué castigo quería para su atormentador Ben-Berra. «Que pierda la memoria, y que al morir, su tumba sea un lugar de inmundicias.» El milagro se cumplió en todas sus partes, y los descendientes del cadí de Túnez aún no han podido lograr que su sepulcro esté un solo día limpio.

Hamacha.—Tienen por santo ó fundador de la orden á Sidi-Ali-ben-Hamdasch, que está enterrado en Sarliun, en donde tiene la cofradía su principal santuario. Esta orden, que en sus comienzos revestía un carácter nacional, y cuyas doctrinas eran de la mayor pureza desde el punto de vista musulmán, ha degenerado hasta entregarse á las prácticas de la más grosera superstición. En sus ceremonias y ritos son los hamachas bárbaros y feroces. Se los ve en los zocos con sus serpientes amaestradas y sus juegos de juglares de feria echando fuego por la boca. En sus fiestas se parten la cabeza con hachas, cuchillos y toda clase de herramientas, de cuyos golpes mueren algunas

veces. Está en mayor olor de santidad aquel que más número de heridas puede sufrir y más cicatrices ostenta en su duro cráneo. Les acomete un furor, un delirio epiléptico que no tiene nombre ni ejemplo. Cuando entran en una ciudad, todos los moros pacíficos cierran las puertas de las casas y se esconden. Y no hay que decir de los europeos.

Aisana.—Para la mayoría de los musulmanes, ignorantes y crédulos, los aisanas son santos animados del espíritu de Dios, que tienen el don de los milagros y pueden, gracias á la intercesión todopoderosa de su fundador Sidi-Mohamed-ben-Aisa, afrontar y padecer, sin peligro ni sufrimiento, las más crueles torturas. Para el resto de los moros y de todos los europeos que los han visto, son explotadores de la bestialidad humana, cuyo mérito consiste en ser presa de la neurosis, de la histeria y valerse del magnetismo y del hipnotismo.

Sidi-Mohamed-ben-Aisa nació en Mequinez á fines del siglo xv. Su historia es una cadena inacabable de milagros, en la que no se descubre un solo hecho real que pueda servir de punto de partida á tan fantásticos relatos. Aunque muy pobre, era de familia nobilísima y santa, de la familia real de los edrisitas. Estudió en Mequinez y se afilió al principio en la cofradía de los Xadelia. Hizo su peregrinación á la Meca y se instruyó en todas las enseñanzas y prácticas orientales de los derviches. Al volver á Marruecos era uno de los taumaturgos más hábiles y un sabio versado en todas las ciencias tocantes á la teología y al misticismo. Había aprendido medicina y agricultura, y sus conocimientos los transformó en dones sobrenaturales. Así se le llamaba por sus fieles adictos «el santo del pozo y del olivo», porque según la leyenda, con los frutos de su árbol daba alimento á todos sus adeptos, y con el agua del pozo regaba las huertas de todos los cofrades. Y olivo y pozo eran tan milagrosos, que del uno brotaban sultanes de oro y del otro sacaba riquezas sin cuento.

Tan grande y peligrosa llegó á ser su popularidad, que el sultán de Mequinez, Muley Ismael, le ordenó salir de la ciudad con sus discípulos. En este éxodo, los compañeros de Mohamed-ben-Aisa se morían de hambre y de fatiga y le pidieron que les diera de comer. El santo les replicó que se alimentaran con lo que había en el polvo del camino, y como no había más que piedras, culebras y escorpiones, los aisanas, llenos de fe en su

maestro, tragaron los pedruscos y los animales venenosos, lo que les nutrió y les salvó la vida. Aun hoy día, en sus fiestas públicas, engullen pedazos de vidrio y toda suerte de reptiles.

Durante su destierro acreció de tal manera su poder, que como reprochaba al sultán merinita no haber socorrido á los moros de España ayudándoles á vencer á los infieles, todo el imperio de Marruecos se sintió sacudido por un viento de locura religiosa. Muley Ismael, atento á dominar la insurrección, le quiso arrojar de Hameria, donde se había refugiado; y no lográndolo, le propuso comprar Mequinez para confundirlo y demostrar con su pobreza su impostura. Pero Sidi-Aisa sacudió el olivo y de él cayó una lluvia de oro. A pesar de esto, Sidi-Aisa abandonó el lugar con la condición de que cada año, desde el 12 de *Mulud*, los habitantes de Mequinez estarán siete días sin salir de sus casas, excepto los aisanas. La condición dura hoy día.

Se cuenta que un día, mostrándose á la multitud y habiendo sido objeto de una ovación más entusiasta y más ardiente que nunca, quiso probar á sus discípulos. Les reveló que el Profeta se le había aparecido en sueños y le había ordenado hacer un sacrificio en honor á Dios. «He resuelto—dijo—inmolar á la carne de mi carne, al más querido de mis fieles. Aquel de entre vosotros que crea amarme realmente, que se deje matar por mi mano.» Y refiere la tradición que fueron cuarenta las víctimas, que su casa se inundó de sangre...

Taibia.—Es una opinión muy extendida entre gran número de musulmanes que el primer fundador de la orden religiosa de los taibia fué Muley-Edris-ben-Abdallah-ben-Haam, hijo del jalifa Ali-ben-Abu-Taleb, fundador de la dinastía marroquí de los edrisitas. Añaden que cuando Muley-Edris, después del combate de Fekh, en el año de 169 de la Hégira, conquistó el Mogreb-el-Aksa y se apoderó de Tlemecen, realizó una profunda revolución religiosa. En aquel tiempo los bereberes eran paganos, judíos, cristianos ó musulmanes heréticos; Edris, que había aprendido la Verdad, fundó en Fez la célebre Universidad que llevaba el nombre de Dar-el-Alim (Casa de la Ciencia). Y allí se formaron los sabios y los misioneros que, predicando la verdadera religión, constituyeron la cofradía santa de los taibia.

Sin embargo, esa versión no está comprobada, y lo más cierto es atribuir á Muley-Taieb la fundación de esta orden religio-

sa, una de las que mayor influencia y poder tienen en Marruecos. Los marroquíes, y en general todos los musulmanes, creen como artículo de fe la profecía de Muley-Taieb: «Andando el tiempo dominaréis sobre todos los países del Este, y toda la Argelia os pertenecerá. Pero antes de que mis augurios se cumplan, es preciso que esa región sea poseída por los Benu-Asfer (por los franceses). Si os adelantáis en el dominio, ellos os despojarán de vuestra conquista; si, al contrario, los franceses se apoderan los primeros, un día vendrá en que los arrojéis al mar.»

Muley-Taieb hizo grandes prosélitos, singularmente entre los negros, y una vez que los emancipó, formó con ellos la guardia del emperador, la milicia sagrada de los *Abd-Bekari*.

El jefe religioso de los taibia, el jerif de Vazán, tiene por lo menos tanto prestigio y poder como el emperador de Marruecos, aunque no tenga su corona, y se cuenta y no se acaba de las hazañas realizadas por el difunto *Hach-Mohamed-El-Arbi*, cuya autoridad espiritual no amenguó á pesar de haberse casado con una inglesa y de haber enviado á uno de sus hijos á estudiar al liceo de Argel.

Xeijia.—Esta pertenece al grupo de los *xadelia*, como una variante ó derivación de ella. Tiene por santo patrón á Sidi *Xeij-Abd-El-Kader-ben-Mohamed*, jefe de la gran familia religiosa y guerrera de los *Uled-Sidi-Xeij*. Se distingue por su odio á los cristianos, y principalmente á los franceses.

Jadiria.—Como santos de esta orden figuran Sidi *Abd-El-Azis-El-Debbar* (nacido de una familia de alucinados en que el misticismo es hereditario, puesto que desde que un tío suyo murió de la peste en Fez, la virtud y la santidad se hereda), *Si-Ahmed-ben-Mobarek*, *Si-Abd-El-Vabah*, *Si-Ahmed-ben-Edris-El-Fassi*. Muy extendida en Marruecos, y con el don de la gracia divina si repiten sus fieles cuarenta y una veces la oración llamada *Ed-Daá-es-Sifi*. Entonces gozan de la presencia del Profeta.

Tiygania.—Fundada en 1196 de la Hégira por *Si-Ahmed-ben-Moktar-el-Tiyjini*, nacido en *Ain-Madhi* y muerto en Fez el 20 de Octubre de 1814. Desde el siglo xvii, el pueblecillo de *Ain-Madhi*, en el Sahara, era célebre por el número y la erudición de sus chorfas, que afluían de diversos puntos del Africa septentrional. Allí fundó el *Tiyjini* su cofradía religiosa; pero

perseguido por el Gobierno turco y por el bey de Orán, fué á establecerse en Fez. El sultán Muley-Sliman, admirado de su sabiduría, le regaló un palacio, el palacio de los cristales. En tal morada dictó á sus discípulos el *Kunnache*, libro al que se atribuye la revelación directa del Profeta para explicar los pasajes oscuros del Corán.

Darkana.—Su nombre viene de *Derka*, hoy Abd-El-Selam, lugar edificado en una montaña á orillas del Sebú, á tres jornadas de Fez, lugar que sin duda debió servir de refugio al fundador de la orden. Los darkanas se distinguen por llevar siempre un báculo en recuerdo de la vara de Moisés. Su influencia religiosa en todo Marruecos es excepcional. Atribúyese á Sidi-Ali-El-Djemal, que vivía á principios del siglo XVIII, la fundación de esta cofradía. Siguióle poco después como jefe Sidi-El-Arbi-el-Darkani, que fué inhumado en el pueblecillo de Bu-Berih, en tierra de los Beni-Zerrual. Todos los moros más principales de Marruecos son darkanas y pertenecen á esta orden religiosa.

Snusia y Kittamia.—La primera, fundada en 1250-1251 de la Hégira por el jerif argelino Si-Mohamed-ben-es-Snusi. La segunda es una de las órdenes cardinales del Islam, muy extendida y muy considerada en el Oriente.

Huis MOROTÉ

Notas, Recortes y Noticias.

Leemos en el *Corriere della Sera* del 12 de Agosto, la siguiente noticia que no dudamos interesará á los M. S. T. budhistas, así como á todos los teosofistas en general:

«Los trabajos de investigación llevados á cabo bajo la dirección de la Comisión Arqueológica del Gobierno de la India en los alrededores de Peshawar, han dado por resultado el descubrimiento de un antiguo monumento budhista en el que se encontró un ataúd de bronce que contenía una pequeña parte de las cenizas de Gautama Buddha, el fundador del Buddhismo. Las cenizas están encerradas en un receptáculo exagonal de

cristal de roca que lleva el sello del emperador Kanishka que reinaba en Peshawar á principios de la Era cristiana.

»El descubrimiento tuvo lugar en el sitio donde, según el diario del viajero chino Hieun Tsang, que vivió por aquella época, existía un gran monasterio buddhista. Explicó el doctor Barnett, bibliotecario del Departamento Oriental en el British Museum, á un redactor de *Daily Mail*, que publica la noticia del interesante descubrimiento, que cuando murió el Buddha, antes de Cristo, fué quemado su cuerpo, repartidas las cenizas 482 años en ocho partes y entregadas á sus discípulos. Otro vaso que contiene una de aquellas ocho partes de cenizas, conocido con el nombre de Vaso de Piprahwa, fué descubierto hace algunos años. Las seis restantes, aún no han sido halladas.»

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

En nuestro querido colega de la Habana, *Rayos de Luz*, correspondiente al mes de Mayo último, y en un artículo en él inserto, «La Purificación», ofrenda de un estudiante de Teosofía á H. P. Blavastky en el día del Loto Blanco, vemos la siguiente nota que creemos debe acogerse con toda clase de reservas: «Se nos dice con gran insistencia, que aquel Ego gigante que en vida se distinguió con el nombre de H. P. Blavastky, se halla entre nosotros en el cuerpo de un joven indio, que actualmente se encuentra en el centro de la Irlanda. Felicitémonos por tan fausto suceso.»

BIBLIOGRAFÍA

La escritura egipcia y su transcripción castellana en caracteres neo-latinos, por D. Manuel Treviño y Villa.—Madrid, 1909.

Esta obra, de gran utilidad para cuantos sin estar impuestos en los estudios egiptológicos tropiezan á cada instante con inscripciones jeroglíficas en los libros referentes á las antiguas filosofías é historia, viene á llenar un gran vacío y á sentar de modo firme la base para la unificación de las trans-

cripciones, lo que servirá de clave al profano para más profundos estudios relacionados con el país misterioso de los Faraones.

Así lo ha comprendido su autor, que para muy en breve nos promete un nuevo volumen, continuación de tan interesantes trabajos y preparatorio de otros estrechamente ligados con los problemas que desentraña la Teosofía.

El presente libro es de divulgación y el primero de este género que se publica en español. En cinco capítulos desarrolla el siguiente sugestivo sumario:

I. *Del origen y antigüedad de la escritura egipcia.*—II. *De los caracteres de la escritura jeroglífica y su clasificación.*—III *De los signos alfabéticos de la escritura egipcia.*—IV. *De la transcripción castellana en caracteres neo-latinos.* V. *Cuadro paleográfico de los signos alfabéticos y ejemplos de transcripción.*

La gran competencia egiptológica de D. Manuel Treviño es segura garantía de que sus estudios han de contribuir en mucho á la aclaración y prueba de las revelaciones de nuestro Maestro H. P. B., acerca del país de las Pirámides y á profundizar su religión y filosofía.

Es de recomendar á todos los teosofistas de lengua española la adquisición de esta obra tan interesante bajo todos conceptos.

J. GARRIDO

Formas del pensamiento, por Annie Besant y C. W. Leadbeater.—Traducido por D. Luis Aguilera y Fernández.—Biblioteca Orientalista. R. Maynadé.—Barcelona, 1909.

Es preciso no confundir este libro con aquel otro titulado *Formas creadas del pensamiento y Química oculta*, pues la presente obra está exclusivamente dedicada al estudio, en extenso, de aquella primera parte. En este nuevo libro se presenta, como preliminar, una escala cromática con los colores correspondientes á cada uno de los estados mentales relacionados con el estado pasional más ó menos elevado, ó con estados de excelsa espiritualidad. Nosotros no hemos de ponderar un cuadro de tal clase que metódicamente presenta elementos tan importantes para el ocultista. En 28 láminas en colores y otras en negro, además de los grabados intercalados en el texto, se analizan, no ya las tonalidades simples, sino las complejas que corresponden á cada pensamiento, determinando su forma.

El análisis que se hace de estas formas mentales es mucho más completo que el expuesto en aquel primer libro, que sólo fué como un ensayo de cuanto se podía entonces decir sobre esta materia.

Este volumen, con sus hermosas láminas, es el compañero de aquel otro que ya conocen nuestros lectores, titulado *El hombre, visible é invisible*, y uno á otro se completan en tan interesante estudio.

Nosotros creemos que estas dos magníficas obras deben figurar en toda biblioteca del estudiante en ocultismo, pero del estudiante avanzado, pues son libros de profundo estudio, compendiado en pocas páginas y que requie-

con conocimientos preliminares. En una palabra: no son obras de propaganda.

Filosofía de la alimentación, por el Dr. Julio Grand, Presidente de la Sociedad Vegetariana de Francia. — Traducido del francés por D. Angel Calvo Blasco, miembro activo de dicha Sociedad. — Madrid, 1909.

El título ya dice, sintéticamente, cómo se desarrolla en este libro el sistema de alimentación vegetariana; y tan interesadamente y con tan gran competencia se aborda el tema, que sus capítulos deben tenerse constantemente presentes por los partidarios del vegetarianismo, tanto para aplicarlo de una manera racional, como para contender dentro de la lógica y apoyados por los hechos más rigurosos, contra sus impugnadores.

En las páginas de este libro se trata el asunto que las motiva, dentro del orden químico, fisiológico, moral y patológico, con datos precisos é indiscutibles. Y, por si esto fuera poco, el traductor ha enriquecido la obra con otros artículos seleccionados de las obras vegetarianas, debidos á la pluma de notables escritores como Eliseo Reclus, León Tolstoi, Catulo Mendes, Doctor J. H. Kellogg, Dr. Pascault, Ioteyko, Kipiani, etc., etc.

Recomendamos muy de veras este libro á nuestros lectores.

Civilidad y Arte. — Discursos de instalación de la Academia de Bellas Artes del Paraguay y presentación de sus fundadores; leídos por el Director general de la Biblioteca, Museo y Archivo de la Nación, D. Juan Silvano Godói y el Jefe del Archivo General de la misma, el Dr. D. Viriato Díaz-Pérez. — Asunción, MCMIX.

Todos los constantes lectores de SOPHIA recordarán con alegría la simpática figura del que fué nuestro director, el Doctor en Filosofía y Letras, D. Viriato Díaz-Pérez, M. S. T., hoy Jefe del Archivo General del Paraguay, donde es apreciado por todos los elementos notables del país.

Nosotros, que tan gratos recuerdos conservamos del querido é inolvidable amigo y compañero de estudios, con gran satisfacción hacemos memoria de él al saborear su discurso, lleno de elevados conceptos sobre el arte.

Igualmente mandamos nuestro afectuoso saludo á D. Juan Silvano Godói, y le felicitamos, tanto por este discurso como por el de inauguración del Museo de Bellas Artes, que también hemos leído.

Otra obra de un paraguayo eminente, *Semblanzas paraguayas*, por don Silvano Mosqueira, del Ateneo Literario y Artístico de México, merece nuestros plácemes por su estilo y el elevado propósito patriótico que llena sus páginas recordando hombres ilustres.

M. T.